

EL ABORDAJE

Benito De Soto

La embarcación se encontraba a menos de dos millas del *Carol Ann*, un hermoso bergantín con matrícula de Boston cuya fama de veloz y maniobrero era bien conocida en toda Nueva Inglaterra.

Ligeramente escorada a babor, presentaba un aspecto lamentable. La arboladura aparecía desprovista de velamen pues éste yacía en barullo sobre la cubierta y las jarcias, que colgaban indolentes de aquella, contribuían aún más a presentar una imagen general de ruina. Solamente la bandera de trece barras y quince estrellas que tremolaba con fuerza sobre el palo mayor y las figuras que agitaban los brazos en la toldilla parecían conferir un atisbo de vida al triste conjunto.

Poco más de una hora había pasado desde que el serviola del *Carol Ann* anunciara su presencia en poniente. Ya apenas si quedaba el recuerdo de la espesa niebla que, durante toda la mañana, había cubierto con su velo aquella parte del océano de modo que toda la línea del horizonte se aparecía clara a unos ojos avezados. Nada más recibir la novedad, el segundo de a bordo procedió a realizar un examen minucioso con la ayuda del alargavista.

Se trataba de una goleta pequeña de las que usualmente se emplean como barcos correo dada su velocidad, izaba pabellón estadounidense y, desde luego, estaba en muy mala situación pues, aún a pesar de la escora, aquella nave estaba condenada a la inmovilidad tal y como atestiguaba la desnudez del aparejo. Pudo distinguir, incluso, a quienes parecían ser los únicos tripulantes del barco y que se agrupaban en la toldilla: cuatro hombres, blancos, y un muchacho negro, un niño más bien. Arrugando

el entrecejo, el segundo recogió el alargavista y se dirigió al alcázar a informar al capitán.

Samuel Fairfax de New Haven, Connecticut, nunca había negado ayuda a nadie, ni en el mar ni en tierra. Como hombre temeroso de Dios consideraba un deber auxiliar al prójimo y, en consecuencia, gobernaba su barco y regía todos sus actos según los dictados de la pequeña Biblia con tapas negras que se alojaba en un bolsillo de su levita. Absorto en uno de sus frecuentes instantes de reflexión no advirtió la voz a su espalda.

-¿Me ha oído, capitán?

Era la voz del señor Thomas, el segundo. Sus dedos tamborileaban nerviosamente sobre la culata de la pistola que llevaba al cinto.

-Perdóneme, Dick, estaba distraído. ¿Qué decía usted?

Thomas exhaló un leve bufido.

-Le decía que deberíamos continuar con nuestro rumbo. No podemos retrasarnos ni un solo día. Además, podrían tener alguna epidemia.

-Por el amor de Dios, Dick-respondió indignado Fairfax.-No podemos abandonarles a su suerte. Sólo Dios sabe que habrá podido pasarles.

-No lo se, capitán-respondió el otro visiblemente contrariado.-A decir verdad tampoco me importa lo más mínimo. Mi única preocupación es la carga que llevamos-añadió mientras señalaba con la cabeza hacia la cubierta.

Fairfax le miró con benevolencia.

-Ya se lo importante que es nuestra mercancía y el dinero que nos va a proporcionar a todos pero recuerde que hay que dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Nuestra obligación moral es socorrer a esos hermanos sean cuales fueren sus cuitas.

Thomas se pasó una manga por la nariz.

-Como usted ordene, capitán. Pero piense en la carga, se lo pido por lo que más quiera.

-Tranquilícese Dick-respondió Fairfax escrutando a la goleta.-Nos situaremos a medio cable de su costado de estribor. Si fuera una epidemia no tendríamos más remedio que alejarnos si no, nos abarloaremos a ellos y les prestaremos cuanta ayuda podamos...Por cierto, ¿donde está el megáfono?

-Aquí, capitán-exclamó una voz a sus espaldas procedente de un marinero que portaba el artefacto.

Thomas se giró y nada más echar un vistazo al marinero gritó:

-¡Maldita sea Burnett! ¿Dónde demonios está tu pistola?

El marinero, azorado, tartamudeó una disculpa.

-Yo...La he dejado en mi coy, señor Thomas-

-¿Pero es que has perdido el juicio?-bramó Thomas furioso.-¿No os tengo dicho que llevéis siempre encima la pistola? ¿Has olvidado qué clase de carga llevamos?

Burnett agachó la cabeza y musitó una disculpa mientras Thomas continuaba despotricando.

-Ya está bien, señor Thomas-cortó tajante el capitán.-Todos podemos cometer un error y ya sabe que no tolero el lenguaje soez. En fin, veamos que les ha ocurrido a estas pobres almas.

Tras carraspear sonoramente se llevó el megáfono a los labios.

-¡Buenos días, hermanos!-su vozarrón amplificado atronó en la serenidad del mediodía. -¡Este es el *Carol Ann* de Boston. ¿Quiénes son ustedes?!

El hombre más alto del grupo aprestó asimismo un megáfono antes de responder.

-¡Esta es la *Iroquois* de Baltimore!. ¡Ayúdenos por favor!-. La voz sonaba con el peculiar deje de la gente de Maryland o Virginia.

-¡¿Qué les ha ocurrido?!-replicó Fairfax.-¡¿Tienen alguna epidemia a bordo?!

-¡¡¡Un motín!!!

Aquella palabra tan temida recorrió el *Carol Ann* de proa a popa. Todos los tripulantes que se hallaban en cubierta volvieron la cabeza hacia la desventurada goleta como si con su sola visión trataran de exorcizar su terrible significado.

El capitán Fairfax se mordió el labio inferior antes de hablar.

-¡¿Un motín?! ¡¿Y el resto de la tripulación?!

-¡Todos han muerto o están heridos!-gimió el hombre alto.-¡Nosotros somos pasajeros!. ¡¡¡Ayúdenos por Dios!!!...

-¡Tranquilo, hermano!-replicó Fairfax sin poder ocultar la emoción que sentía cada vez que realizaba una buena acción. -¡Vamos a acodarnos a su borda de estribor!...¡Les lanzaremos cables para poder adrizar!...Señor Thomas-añadió volviéndose hacia el segundo-encárguese de la maniobra y apreste una brigada con garfios y bicheros.

Thomas se dirigió al castillo de popa al tiempo que impartía las órdenes precisas, ora para rizar las velas y disminuir la velocidad, ora para que el contra maestre dispusiera a los hombres necesarios para adrizar la goleta. Una vez junto a la rueda del timón, se dejó caer sobre el pasamanos y, tras dar un vistazo a donde se hallaba Fairfax, al que vio sumido en otra de sus abstracciones, concentró la mirada en la *Iroquois*.

Sentía una gran admiración por él. De hecho le consideraba el mejor capitán de cuantos había tenido en su vida, quizás con la salvedad de alguno

bajo cuyas órdenes sirvió en la marina británica hacía ya muchos años. Conocía el oficio y se hacía respetar de modo natural. No obstante, no podía evitar el desagrado que le suponía su excesiva propensión a los actos de caridad. Le resultaba imposible dejar de pensar en la carga que se hacinaba en los sollados, carga que muy bien podía valer cuatro o cinco mil dólares en el puerto a donde se dirigían. Si el *Carol Ann* hubiera estado bajo su mando no habría hecho ningún caso de la goleta y hubiera mantenido su rumbo pero, a fin de cuentas, eran ese tipo de acciones las que hacían de Samuel Fairfax un hombre admirable.

Un golpe seco y un ligero temblor hicieron esfumarse aquél repentino ataque de sensiblería. Los cascos de ambas embarcaciones se habían golpeado entre sí anunciando que la maniobra se había efectuado. Ahora Thomas podía contemplar con detalle la cubierta superior de la goleta.

No parecía haber señales de lucha ni de destrozos, cosa extraña después de un motín que había causado la baja de toda la tripulación. Por el contrario, y salvo el velamen amontonado, el aspecto general era bastante pulcro. Frunció el ceño al tiempo que advertía cómo uno de los ocupantes de la toldilla corría hacia el palo mayor con un pedazo de lona azul bajo el brazo y que el hombre alto señalaba algo a otro que pareció asentir llevándose el puño derecho a la sien y rozando ésta con el pulgar.

Entonces se dio cuenta. Pero ya era demasiado tarde...

Con una pasmosa celeridad, el lienzo azul se desplegaba conforme ascendía por el mayor mostrando, en su parte superior, la tan familiar combinación de cruz y aspa rojiblancas de la bandera británica.

En el justo momento en que el pabellón de guerra tocó el tope, y en la mejor tradición corsaria, el barullo de velamen de la cubierta de la *Iroquois*

pareció cobrar vida aunque fuera solo para que la docena de hombres que estaba oculta debajo pudiera ponerse en pie y apuntar con sus mosquetes a los asombrados marineros del *Carol Ann* que todavía trajinaban con las maromas.

Thomas echó a correr hacia la campana al tiempo que gritaba la alarma. El seco estampido de una descarga ahogó su voz. Pudo ver cómo sus hombres caían bajo un fuego bien dirigido y cómo, desde el otro barco, empezaban a abordarles por proa.

En la *Iroquois*, la aparente desolación había dado paso a un auténtico hervidero. Hombres armados de alfanjes, pistolas, *tomahawks* y picas ascendían desde la cubierta inferior para saltar al *Carol Ann* donde reinaba la más absoluta confusión.

Mientras tañía furiosamente la campana, Thomas sintió un golpe, seguido de quemazón, en la espalda y cayó de bruces sobre cubierta. Atinó a ponerse de rodillas y se giró para ver cómo el niño negro soltaba indolente una pistola y amartillaba otra que acababa de sacar del cinturón. Lo único que pudo hacer el segundo del *Carol Ann* fue aguardar el disparo fatal mientras susurraba las que serían sus últimas palabras:

-Los malditos querían la carga. Los malditos...Los malditos...

Iban atenuándose las luces en el horizonte cuando pudo darse por concluido el trabajo.

El *Carol Ann* izaba bandera portuguesa y los rótulos con su nombre exhibían ahora el de *A Pomba*. No quedaba ya rastro de la horrible refriega que había tenido lugar en su cubierta apenas unas horas antes. Los últimos cadáveres habían sido arrojados al mar al igual que los anteriores, en grupos

de entre seis y ocho hombres encadenados y lastrados con varios proyectiles macizos de a seis libras.

De tanda en tanda, los encargados de enviar a sus víctimas a su última morada advertían como ciertos objetos salían a la superficie: un pañuelo, una bolsa de tabaco, una Biblia...como si trataran de reivindicar la memoria de sus difuntos propietarios.

Acodado en la toldilla del recién bautizado *A Pomba*, un hombre alto contemplaba su goleta. Perfectamente aparejada, con su bandera flameando y con su verdadero nombre bien visible en el espejo de popa se le aparecía como la nave más hermosa y marinera del mundo.

Realmente el teniente de navío Paul Cooper estaba muy orgulloso de la *Jano*, de su tripulación y de sí mismo. Su audaz plan de capturar el *Carol Ann* intacto y con su carga había funcionado más allá de sus perspectivas. Tras una semana de irle a la zaga desde que saliera de Sierra Leona resolvió dar el golpe.

No tuvo problema para adelantarla la noche anterior y aprovechar la niebla matutina para ofrecer un falso aspecto de desastre, incluyendo el haber entibado indebidamente parte de la carga, incluyendo cañones y barricas de agua, de a bordo para fingir la escora.

Ahora, satisfecho, se incorporó al ver acercarse a su oficial de derrota con un grueso libro bajo el brazo.

-¿Y bien, Parker?-inquirió con avidez.-¿Qué tal está la carga?

-Algo nerviosos pero bien, capitán-respondió el aludido. Tienen muy buen aspecto

-¿Cuántos son en total?

Parker abrió el libro por donde sobresalía una trozo de cinta y agudizó la vista hasta encontrar lo que buscaba.

-Seiscientos veinticinco, capitán. Cuatrocientos veintisiete machos, ciento sesenta y dos hembras, todos adultos, el resto mamones.

Cooper entornó los ojos calculando mentalmente.

-¿Cuál era su destino?-preguntó mientras se atusaba las patillas.

-Savannah, capitán, tal y como pensábamos.

-Entonces seguiremos el plan previsto-respondió. -Arrumbaremos con los dos barcos a Santiago de Cuba, allí sacaremos mucho más por un lote tan espléndido. Por cierto, asegúrese de que el marinero Willard se quede sin su ración de *grog* lo que resta de travesía, así aprenderá a no saludar cuando no sea preciso.

-A la orden-replicó Parker antes de dar media vuelta dejando solo a quien, hasta el momento, era el único norteamericano al servicio de la Armada británica que tenía un barco a su mando.

Cooper miró hacia el poniente donde el sol casi había desaparecido. Todo estaba en silencio pero, prestando atención, podían oírse los llantos y la letanía monótona de las seiscientos veinticinco almas encadenadas en los sollados.